

romántico, oriental, con todos los refinamientos de las civilizaciones esplendorosas á punto de agotarse, que anda cantando amor y recuerdos, perdido en un presente que no es el suyo.

POMPEYO GENER.

DEDICATORIA

A ELISA

Como en mi vida nada quiero que ignores,
el libro del pasado pongo á tu vista...
Sus páginas son tumbas de mis amores,
sepulcros de mis locos sueños de artista;

cánticos de esperanzas que se alejaron,
dejando de mi pecho desierto el nido;
pétalos de ilusiones que se agostaron;
hojas secas que al viento se han desprendido!...

De ardiente sol los rayos deslumbradores;
notas de una guitarra; reja moruna,
como la Cruz de Mayo, llena de flores;
espléndidas auroras; noches de Luna;

un cielo de zafiro, siempre sereno,
 y un mar que con sus olas besa la tierra...
 ¡Algo de esto mi libro guarda en su seno!...
 ¡Algo de esto, en sus hojas, mi libro encierra!

Mi libro es una caña de manzanilla
 donde una áurea sonrisa perenne vaga;
 pero aun cuando su vino seduce y brilla,
 no le apures de un trago, porque embriaga!...

Bajo el cristal del lago se esconde el cieno
 y el insecto en la rosa más fresca y pura;
 así, bajo mi canto de amores lleno,
 se ocultan mis recuerdos y mi amargura!...

No extrañes que dé al aire mi melodía
 hoy que los sufrimientos me están matando,
 pues los ardientes hijos de Andalucía,
 lo mismo que los cisnes, mueren cantando!

TU REJA

Cubierta de flores
 tu reja aún se halla;
 y á través del encaje que forma
 el jazmín que á sus hierros se enlaza,
 tus pupilas, á veces, contemplo
 fulgurar entre flores de plata,
 como dos mariposas azules
 que aletean detrás de las ramas!...

¡Quién pudiera acercarse á sus hierros
 cuando extiende la noche sus alas,
 y á la luz de la Luna que alumbra
 la vetusta quietud de la plaza,

repetirte las viejas canciones
 que en horas de ensueños temblando escuchabas,
 palpitante el seno
 y fija en mis ojos tu ardiente mirada,
 con la misma atención con que oías
 de tu madre sentada en la falda,
 esos cuentos de amor con que duerme
 la vejez bondadosa á la infancia!...

Una noche, al ponerse la Luna
 y en sombras envuelta quedar tu ventana,
 ante el Cristo de oro que cuelga
 del collar que ciñe tu ebúrnea garganta,
 juramos amarnos en tanto tuviesen
 sangre nuestras venas y fe nuestras almas,
 por la eterna y bendita memoria
 de aquellas dos santas
 que del cementerio, bajo el duro mármol,
 como en lecho de flores descansan!...

¿Qué se hicieron de aquellas promesas?...
 ¿Dónde fueron aquellas palabras
 que llevaban en sí la armonía
 del jilguero que trina en las parras,
 de la brisa que agita las flores
 y del mar cuando besa las playas?...

¡Ya de aquellos amores no quedan
 ni la nívea estela que deja la barca;
 ni el rastro de oro que finge en el cielo
 el ave que cruza, la nube que pasa!...

Fué un delirio de amor que envidiosas
 disiparon las luces del alba...
 ¡Blanca espuma que el viento deshizo!..
 ¡un copo de nieve que el sol trocó en agua!...

¡Oh, reja moruna,
 que aún cubierta de flores te hallas!..
 ¡Cuántas veces, echado en tus hierros,

sorprendiome la alegre alborada,
 teniendo en mis manos temblando las tuyas,
 y junto á mis labios sus labios de llamas!...

¡Oh, reja bendita,
 no puedo olvidarte!... ¡Te llevo en el alma;
 pues en ti de mi vida han pasado
 las horas más gratas;
 y á través del encaje que forma
 el jazmín que á tus hierros se enlaza,
 sus pupilas, á veces, contemplo
 fulgurar entre flores de plata,
 como dos mariposas azules
 que aletean detrás de las ramas!...

LUCHA

Á EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE

De la vida me lanzo en el combate
 sin que me selle filiación alguna,
 y atrás no he de volver, hasta que ate
 á mi triunfante carro la Fortuna!

Contra mis enemigos, terco y rudo,
 esgrimiré en la lid, que no me apoca,
 por lanza mi razón, y como escudo
 mi carácter más firme que una roca!

Ni el desengaño pertinaz me arredra,
 ni ante los golpes del dolor me humillo:
 ¡la estatua surge de la tosca piedra
 á fuerza de cincel y de martillo!...

Combatir es vivir!... La luz sublime
 entre las sombras de la noche crece:
 ¡espada que en la lucha no se esgrime,
 colgada en la panoplia se enmohece!

Mi razón en peligros no repara!
 O subir á la cúspide consigo,
 ó muero, sin volver atrás la cara,
 despreciando, al caer, á mi enemigo!

Ni la derrota en mi valor rehuyo...
 Mas antes de rendirme fatigado,
 me encerraré en la torre de mi orgullo,
 y en sus escombros moriré aplastado!...

EN LA BRECHA

Á SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Yo también ardo en tus ansias;
 yo también siento tus penas;
 yo también, á solas, lloro
 mis delirios de poeta;
 y viendo allá, en la alta cumbre,
 de la Fama la bandera,
 tiendo mis débiles alas
 y volar quiero hasta ella,
 sin saber que es sólo un sueño
 que la luz del alba ahuyenta:
 ¡élitros de mariposas
 que si se tocan se quiebran!...

Por eso son mis canciones
tristes, nerviosas é inquietas,
como el rugiente oleaje
que entre las rocas se estrella!...

¡Dichoso tú, noble amigo,
que tienes, en la contienda,
una madre que te ampara
y una virgen que te alienta!...

¡Feliz tú, que cuando airado
te oprime el dolor, encuentras
una voz que te da alientos,
unos brazos que te estrechan,
unos ojos que te miran,
y unos labios que te besan!...

¡Triste de mí, que al acaso
voy cruzando la existencia,

sin encontrar quien me guíe,
sin que nadie me comprenda!...

La fe me negó sus alas;
su faro el amor me niega,
y mis sueños son más pálidos
que la luz de las luciérnagas!...

Sin saciar mis ambiciones
abandono la pelea,
cansado, mas no vencido...

¡Lucha tú, noble poeta,
que si la victoria alcanzas,
puede tu amor ofrecerla
á esa virgen cariñosa,
que, cuando falto de fuerzas
te rindes, valiente exclama,
señalando tu bandera:

— ¡Adelante! Lucha y vence,
 que mi regazo te espera,
 para curar tus heridas
 y dar consuelo á tus penas! —

Yo, con luchar, ¿qué adelanto,
 si aunque la corona obtenga
 del vencedor, no me sirve,
 pues no tengo en mis tristezas
 ni flores con que adornarla
 ni frente donde ponerla!...

SONETOS

Á JUAN DEL MORAL